



Lo que había en el cielo

Dana Hart

En las últimas noticias, el exoficial de inteligencia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, declaró ante la Cámara de Representantes, que existen restos biológicos de ovnis.

Se sentó en un estrado de madera, frente a decenas de hombres. Usando corbata roja, camisa blanca y un saco azul, y con la frente bien en alto, confesó que existe otra civilización más allá de las estrellas.

Ante el asombro de las personas presentes, el exoficial detalló que se trata de una sociedad sin clases sociales, que no conoce la propiedad privada sobre los medios de producción, pero que sin embargo, ha alcanzado unos avances extraordinarios de la ciencia y la tecnología.

Dio solo algunos ejemplos de cómo las casas son autosuficientes, acondicionadas para toda temperatura, con techos verdes, hechos de los

vegetales con los que se alimentan. Sin Femicidios, ni historias de guerras o matanzas cruentas.

Inmediata reacción causaron en el público estas declaraciones, que obnubilado, mirando el cielo, perdió de vista, la tierra, las aguas, y los peces que se ahogaron en los relaves mineros.

El Pentágono y el Departamento de Defensa, rechazaron tajantemente estas afirmaciones, exclamando que la única realidad para siempre conocida, será la capitalista.

Mientras el exoficial emitía sus declaraciones, en Latino América, el restaurante “Voraz”, abría sus puertas para el público comensal, esperando recibir una gran cantidad de gente.

La pantalla del televisor de la cocina, reproducía las palabras y la imagen de la Cámara de

Representantes, pero el chef estaba preocupado de la comida.

Tenía un lomo Wellington sobre la plancha y estaba a punto de cortarlo para el servicio. Todavía que le quedaba una orden de vieiras por dorar. Llevaba diez años de emigrado, y había traído las mejores recetas recolectadas de toda Europa.

Su mano derecha, Leopoldina, lo había salvado de las peores tragedias. Como la vez en la que pudo detectar el olor a humo, minutos antes de que salga del tendido eléctrico. O la vez que logró saber que el cangrejo estaba podrido, aun estando congelado y molido. Lo salvó también cuando llegó el crítico culinario, y ella pudo distinguirlo entre la muchedumbre del restaurante, tan solo por uno o dos gestos.

Tenía un instinto, algo así como un sexto sentido. Podía ver cosas, percibir, estaba conectada con la realidad. Nada místico o fuera de lo ordinario. Lo que ella podía hacer, se apegaba estrictamente con la realidad. Podía ver bajo las aguas turbias.

El chef apreciaba su confianza. Aunque solo conocía de su vida personal, por lo que Leopoldina le había contado, sabía que vivía con cinco mujeres, y que entre todas eran pareja, parejas cruzadas, parejas de a dos, de a tres, de a cuatro, de a cinco, parejas cruzadas, no sabía cómo llamarlo.

Ella si cayó hipnotizada con la imagen del exoficial confesado la existencia de la vida en otros planetas.

- ¿Cómo que sin clases sociales?
- Si, eso dijo, creo, estoy ocupado Leopoldina.

- ¿Sin clases sociales? Va... ¡Qué impresionante! ¡Y sin propiedad privada!
- ¿Te gustaría, no? ¿Qué no existiera la propiedad privada? ¿Así te quedas con todo, no?
- ¿Con qué todo? ¿La pasta de cangrejo podrida o las endivias duras?

Casi nadie llegó a cenar aquel día, cada quien en su casa, obnubilado, mirando al cielo, sin notar el saqueo en la tierra, en el agua, en la tristeza de los peces.

www.danahartescritora.com

